

PROFESOR DE HISTORIAS

–«...Ya que sobre el sarcófago está representado el viaje del muerto hacia los Infiernos», coma, eh... no, punto...

–¿Punto o coma? –me preguntó Catherine, con aire de fatiga.

–Punto y coma. «La religión etrusca...». Vaya, están llamando.

–«La religión etrusca vaya están llamando» –re-pitió Catherine, sin dejar de teclear.

–¡Pero, abre!

–¿Soy tu secretaria o tu criada?

–Te pago mucho para la cantidad de faltas que llegas a cometer en una sola frase.

–Instálame un corrector ortográfico –replicó mi secretaria.

Ring, ring.

–...y apresúrese a abrir, señor Hazard. Su visita se impacienta. Se va a perder la venta de una enciclopedia universal en ciento quince tomos.

–Cualquier día te apuñalaré salvajemente – murmuré.

–He guardado el abrecartas en su estuche, y el estuche, en el cajón. El jurado verá que ha habido premeditación.

Riiiiing. El visitante se jugaba el todo por el todo antes de abandonar la partida. Me precipité a la entrada.

–¡Oh, inspector Berthier!

El inspector ya se iba. Volvió a subir pesadamente los dos escalones.

–Ah, sí que estaba en casa. ¿Estaba ocupado?

Riéndose, arrojó el sombrero sobre la butaca y le guiñó el ojo a Catherine.

–Voy a hacer un té –anunció mi secretaria.

–Pensaba que no eras mi criada –mascullé entre dientes.

Catherine se alejó balanceando las caderas.

–Guapa chica –dijo Berthier–. Antes de conocerle, señor Hazard, pensaba que los profesores universitarios se pasaban la vida con la nariz metida en los libros... ¡Ja, ja!

–Todo el mundo puede equivocarse. Antes de conocerle, yo pensaba que los inspectores de policía tenían un coeficiente intelectual normal. Pero, siéntese...

Un tanto molesto, Berthier se sentó en el sofá. Se calló por un instante, quizás esperando a que yo le diera pie.

—¿Aún le gusta jugar a los detectives aficionados? —se decidió por fin.

—NOS encanta —respondió en mi lugar mi secretaria.

Acababa de dejar la bandeja del té sobre una mesa baja y se había arrodillado, apoyando las nalgas sobre sus zapatillas, para servirlo.

—Tengo un pequeño enigma para ustedes —murmuró el inspector.

Como yo no reaccionaba, se volvió hacia Catherine.

—Mire que pasan cosas extrañas en Queutilly-sous-Doué.

—Queutilly-sous-Doué —repetí, subrayando el *sous-doué*.¹ ¿No es allí donde está el centro de formación de los inspectores de policía?

Berthier ignoró mi broma.

—Allí es donde está el instituto Saint-Prix, y es el director del centro quien ha recurrido a los servicios de uno de mis colegas.

Berthier abrió su bolsa de cuero y sacó lo que

1. *Sous-doué* significa en francés ‘infradotado’. *N. de la T.*

mi larga experiencia como profesor me permitió identificar inmediatamente como trabajos de alumnos.

–Deberes de historia, señor Hazard –continuó el inspector–. Todos corregidos.

Extendió cuatro sobre la mesita baja. Cada trabajo lucía un 0/20 en grandes y torpes números rojos.

–El profesor de esta clase de tercero encontró forzada su taquilla de la sala de profesores. Alguien había calificado los ejercicios, como pueden ver.

–Bromas de críos –dije sin inmutarme.

–El pobre profesor está harto, en efecto –reconoció el inspector–. Se queja de que saltan los plomos cada vez que quiere usar el vídeo, de que la cerradura de su aula está sistemáticamente obstruida, de que su mesa está cubierta de polvo de tiza...

–No veo ningún enigma en todo eso –objetó Catherine.

Berthier sonrió. Me tendió uno de los ejercicios.

–Sinceramente, profesor, ¿le hubiera puesto un cero a este alumno?

Cogí el folio y lo recorrí con la vista. Redactado en un francés casi indigente, estaba además repleto de faltas.

–Un dos o un tres –dije, devolviéndoselo–. Pero yo no soy especialista en historia de Francia.

Solo conozco bien a los etruscos y un poco menos a los egipcios...

—Lo que hay que oír —refunfuñó Catherine.

Berthier me sonreía, con un aire cada vez más estúpidamente satisfecho.

—¿No hay nada que le intrigue? Yo le creía dotado de una intuición paranormal... ¿No nota nada?

Un poco humillado, volví a coger el trabajo. No había ninguna corrección. Solamente esa nota en tinta roja.

Negué, a mi pesar.

—Me doy por vencido...

—No es tinta —dijo el inspector en un murmullo—, es sangre humana.

Catherine, que sostenía la tetera, se sobresaltó y volcó el té sobre la mesa.

—¿Sangre?

—Nuestros laboratorios lo han confirmado —continuó Berthier, explayándose en lo macabro—. Ese color rojizo que parece agrietado es de sangre. Todos los deberes han sido calificados con sangre humana. ¿Qué piensa de esta... broma, señor Hazard?

—Me parece difícilmente imputable a alumnos de tercero. ¿No estará el profesor un poco desequilibrado?

–Acaba de sufrir una depresión nerviosa
–admitió el inspector–. Está en una clínica de
reposo.

Catherine se echó a reír:

–¡Ahí lo tiene! Se ha vuelto loco. Él mismo
habrá corre...

–Permítame que la interrumpa, señorita Ro-
que.

El inspector metió la mano en la bolsa de cuero
y sacó otro ejercicio.

–Estos son unos deberes de francés hechos des-
pués de que se fuera el profesor de historia, por un
alumno de primero.

Una nota destacaba en rojo sobre el papel:
20/20.

–La profesora de francés, la señora Zagulon,
encontró este ejercicio en su propia cartera, mez-
clado con los otros y ya corregido.

–¿Se han encontrado huellas en el papel? –pre-
gunté, súbitamente impresionado.

–Las del alumno y las de la profesora.

–¿Y no será que esa señora Zagulon se ha en-
tretenido en...?

No terminé la frase. ¿Por qué razón una per-
sona sensata se pondría a corregir los deberes con
sangre?

—El director de esa institución privada, el señor Agnelle, desea que este asunto se aclare —continuó Berthier—, pero quiere que la investigación se haga discretamente. Puede que los padres no encontraran muy divertida la broma...

—¿Sospecha usted de alguien? —le preguntó Catherine, que no dejaba de temblar de tanto que le excitaba el asunto.

—Me inclinaría por un alumno de cuarto —respondió el inspector—. Tienen unos cuantos buenos elementos en Saint-Prix. Pero no tengo pruebas. Habría que infiltrarse allí y pillar al bromista con las manos en la masa.

Me miraba con insistencia.

—Alguien que vaya a sustituir al profesor de historia, por ejemplo... Nadie sospecharía. ¿No enseña usted historia en la Sorbona, profesor?

—¡Los etruscos, sobre todo los etruscos!

—Y un poco los egipcios —completó maquinalmente Catherine—. Yo, por mi parte, puedo entrar de conserje o algo así en Saint-Prix.

—Catherine —dije severamente—, te suplico que te quedes fuera de esta historia. Una chica joven no debe correr riesgos innece...

Catherine parpadeó, con las manos en el pecho, fingiendo un arrebato de admiración amorosa.

–¡El machismo te pone tan sexi, Nils!

Después de haberme dejado KO, se volvió hacia el inspector:

–Todo OK. El señor Hazard inflamará todos los corazones de Saint-Prix... por la etruscología, y, mientras tanto, yo encontraré al culpable.

Después del té, acompañé al inspector a la salida. Berthier se balanceó un momento de una pierna a otra, con el sombrero en la mano.

–Entre nosotros –soltó de repente–, ¿es su secretaria o su chica?

Un punto de envidia celosa se percibía en su voz. Tuve un gesto de indignada negación.

–¿Catherine? Pero si es muy joven para mí.

–Eso pensaba yo –murmuró Berthier, con tono de consuelo.

Bajó los dos escalones, ajustándose el sombrero.

–¡Oh, inspector!

Se volvió. Yo le guiñé el ojo:

–Pese a todo, sí que es mi chica.

–¿Qué le contabas al inspector? –me preguntó Catherine.

–Nada, nada... ¿Qué llevas en la mano?

–Berthier se ha dejado el ejercicio de francés.

Lo dejó sobre mi mesa, cerca del ordenador, y se puso a recoger las tazas. La miré hacer, preocupado. ¿En qué historia quería embarcarme ahora?

–No tengo ningunas ganas de dar clase a niños –refunfuñé.

–Los apasionarás con tus chismes etruscos. Te tomarán por Indiana Jones.

–No me gustan los niños.

–Pues siempre les hablas con mucho cariño.

–Solo si están en una jaula –repliqué, con una mueca de disgusto—. Esos animalitos están vivos. Y estoy seguro de que eso es contagioso.

Catherine se echó a reír y me lanzó un cojín.

–¡Eres idiota! Me largo.

–¿Para ir a perderte adónde?

Catherine arrugó la nariz. Es su mueca favorita para burlarse de mí:

–Ah, misterio, misterio.

Cogió su chaqueta:

–¡Hasta mañana, señor Hazard!

Suena un portazo. Catherine baja por la escalera. Ya está en la calle. Me acerco a la ventana y apoyo

la frente en el cristal. Ella corre por la acera de enfrente, sin preocuparse siquiera de esquivar los charcos. Está a punto de doblar la esquina del café.

Ya está. Ha desaparecido de mi vista. El día llega a su fin. No me gusta nada esta hora incierta del crepúsculo. Me llegan recuerdos desde el fondo de la infancia, recuerdos que no son ni felices ni infantiles.²

Abrí el cajón y saqué el abrecartas de su estuche. Punzante y afilado: es un regalo de Catherine. Tendríamos que casarnos. Pero si soportamos mal estar lejos el uno del otro más de dos días, soportamos aún peor estar juntos más de veinticuatro horas. Me senté a la mesa suspirando y apoyando la frente en los puños. El crepúsculo trastorna a los espíritus inseguros...

Mis ojos cayeron entonces sobre el ejercicio de francés, junto al ordenador. Una frase acababa de embestirme: «Vamos a jugar al asesino». Cogí el trabajo y me puse a leer:

2. ...y que se cuentan en *Cazadores de enigmas* (Algar Editorial).